

ONLINE-PUBLIKATION

Instituto de Análisis Social

Seguir “como hasta ahora” en tiempos de incertidumbre

**La República Federal de Alemania
antes de las elecciones del
Bundestag de septiembre
de 2017**

**ROSA
LUXEMBURG
STIFTUNG**

El INSTITUTO DE ANÁLISIS SOCIAL de la Rosa Luxemburg Stiftung tiene como eje de trabajo el análisis político estratégico y el debate acerca de una transformación socialista. Se ubica en la tradición de un marxismo plural, una teoría y práctica críticas, así como de una crítica feminista y antirracista del poder y del capitalismo; al mismo tiempo, retoma los resultados de otras ciencias sociales modernas, tanto empíricas como teóricas. En la actualidad, cuenta con 26 empleados, miembros y estudiantes de posgrado.

AVISO LEGAL

ONLINE-Publikation 16/2017

es una publicación de la Rosa Luxemburg Stiftung

Responsable legal de la publicación: Henning Heine

Franz-Mehring-Platz 1 · 10243 Berlín, Alemania · www.rosalux.de

ISSN 2567-1235 · Cierre de la edición: agosto de 2017

Edición: Michael Brie y Mario Candeias

Traducción y revisión: María Porciel Crosa y Laura Obradors Noguera (para *lingua•trans•fair*)

Diseño e impresión: MediaService GmbH Druck und Kommunikation

SEGUIR “COMO HASTA AHORA” EN TIEMPOS DE INCERTIDUMBRE

LA REPÚBLICA FEDERAL DE ALEMANIA ANTES DE LAS ELECCIONES DEL BUNDESTAG DE SEPTIEMBRE DE 2017¹

Dos meses antes de las elecciones del Bundestag se hace patente que, a diferencia de muchos otros países de la Unión Europea, Alemania muestra signos de continuidad. Durante y después de la crisis económica y financiera, así como también después de la crisis de la unión monetaria europea posterior a 2008, las élites políticas y económicas consiguieron evitar un mayor colapso de la economía alemana y garantizar la estabilidad. Hubo una serie de “fuertes sobresaltos”: la consecuyente crisis bancaria entre 2008 y 2009; las crisis del sistema de la eurozona (Chipre, España, Portugal y, sobre todo, Grecia) después de 2010; y la crisis política desatada por el elevadísimo número de refugiados provenientes de las regiones en guerra del norte de África, Oriente Próximo y Oriente Medio en 2015 y 2016. En cada uno de estos casos, junto a una política flexible que permitiera evitar el colapso inminente de las instituciones políticas y económicas más importantes, se aplicaron medidas a corto y largo plazo para permitir continuar y consolidar la política neoliberal. Desde la perspectiva de las élites del Alemania, esto es un éxito indiscutible.

Sin embargo, queda por ver si esta política puede seguir aplicándose también a largo plazo o si habrá allanado el terreno para crisis aún mayores que harán imposible seguir “como hasta ahora”. Primero, se hará una breve reseña de la evolución de Alemania desde 1990. Después, se tratará la situación del país en el contexto europeo y geopolítico a fin de esbozar cuáles son los principales desafíos para la izquierda. En tercer lugar, se presentará la campaña electoral actual y se describirá el posible resultado de las elecciones del Bundestag. Por último, se expondrá la orientación estratégica del partido DIE LINKE (*La Izquierda*) más allá de las elecciones del Bundestag.

1 EL CONTEXTO POLÍTICO: ESTABILIDAD INESTABLE

En la última década, la República Federal de Alemania se ha convertido en una potencia política y económica líder en la Unión Europea. Se lograron superar en gran medida las dificultades causadas por los costos elevados que conllevó la reunificación de los dos estados alemanes. Desde finales de la década de los 90, la economía alemana se ha consolidado. El fuerte sector de las exportaciones (centrado en la industria automotriz, la ingeniería mecánica y la industria química) comenzó a expandirse de nuevo. La cuota de exportación (la razón entre las exportaciones y el PNB) es del 46 %, en contraste con el 30 % de Francia o Gran Bretaña, ambos países de un tamaño similar. En 2016, Alemania tuvo un superávit por cuenta corriente del 8,5 %. Así, se exporta capital en magnitudes históricas y, como resultado, muchos países se endeudan con Alemania. Varias organizaciones económicas internacionales critican la escasa tasa de inversión en Alemania y los salarios demasiado bajos, sobre todo en el sector de los servicios. Una situación que perjudica en especial a las mujeres.

La ocupación en Alemania ha alcanzado un máximo histórico. La tasa de desempleo oficial no llega al 6 %. Las reformas neoliberales en el sector social y el mercado laboral realizadas durante el gobierno de coalición social democrata-verde liderado por el canciller Gerhard Schröder (SPD) dieron lugar a una oleada de racionalización y flexibilización. El resultado: unas condiciones laborales cada vez más precarias (trabajo de tiempo parcial, falsos autónomos, trabajo temporal, etc.). Hoy en día, Alemania ocupa, por detrás de Lituania, el segundo lugar en el ranking de los países con el mayor número de empleos de baja remuneración de la UE, con un 23 % de los trabajadores con salarios bajos. A pesar de tener un empleo a tiempo completo, muchas personas deben recurrir a las ayudas de la oficina de empleo para llegar a fin de mes. Se ha reducido drásticamente el nivel de las pensiones. Se puso punto y final al “modelo de bienestar” tradicional alemán, con su contrato social entre el capital y los sindicatos que incluía a toda la sociedad. En los casos en que esa cooperación aún se mantiene, se da únicamente en empresas, sobre todo, en el sector exportador.

Desde 2005, el gobierno federal está en manos de Angela Merkel y el partido CDU/CSU. Si bien Angela Merkel se presentó durante la campaña electoral de 2005 con un programa de corte claramente neoliberal, tras quedar casi derrotada concluyó que era mejor adoptar una política muy flexible basada en el “como hasta ahora”. En

¹ El siguiente texto está dirigido a un público internacional y pretende ofrecer una visión general de la evolución que ha vivido Alemania en la fase previa a las elecciones del Bundestag de 2017. La versión inglesa y la versión original de este texto están disponibles en www.rosalux.de.

sus gobiernos, se han mantenido y, en parte, ampliado las principales reformas neoliberales y, según la coyuntura política del momento, se han mitigado o recrudecido sus implicaciones prácticas. A nivel internacional, el actual gobierno ha logrado que Alemania se posicione como una potencia intermedia, con responsabilidad a nivel de Europa y del resto del mundo. Uno de los mayores éxitos de este gobierno se encuentra en el ámbito de la llamada revolución energética. Si bien Alemania hasta el momento evita participar en ofensivas militares, el ejército (en alemán, *Bundeswehr*) participa de muchas operaciones militares internacionales (Afganistán, Mali, Kosovo, misiones contra el Estado Islámico, etc.). En total hay casi 3200 soldados alemanes, entre mujeres y hombres, sirviendo en esas misiones.

La alianza de partidos conservadores CDU/CSU ha formado una gran coalición con el SPD en dos ocasiones desde 2005 (de 2005 a 2009 y de 2013 a 2017). De 2009 a 2013, la coalición se formó con el partido liberal FDP, que desde 2013 ya no tiene representación en el Bundestag tras perder una gran cantidad de votos. Estas constelaciones establecieron una base firme para continuar la política neoliberal, ajustándola y ampliándola. Así, tras el accidente ocurrido con el reactor nuclear de Fukushima en 2011, se decidió abandonar la energía nuclear. El desarrollo de las energías renovables sigue su curso, aunque se ha ralentizado. El porcentaje de lignito empleado en la generación de energía sigue siendo elevado. En el actual gobierno, el partido socialdemócrata, SPD, hizo aprobar una serie de mejoras sociales, como por ejemplo la instauración del salario mínimo y medidas para atenuar las desventajas en el sistema de pensiones. Se ampliaron las inversiones en los servicios asistenciales y en la educación preescolar. Las políticas actuales cuentan con un amplio apoyo político. De hecho, las apoyan todos los partidos, a excepción de DIE LINKE y AfD, que, según las encuestas, obtendrían más del 5 % de los votos en las próximas elecciones del Bundestag del mes de septiembre.

Tanto la seguridad interna como la integración social de la población inmigrante se han convertido en el punto de conflicto más importante de los debates públicos, y han desplazado la cuestión de la justicia social a un segundo puesto. Entre 2015 y 2016 llegaron a Alemania aproximadamente un millón de refugiados. Ante estados fallidos y guerras civiles en Oriente Próximo, Oriente Medio, en el norte de África, y ante la extrema disparidad en los niveles de riqueza en Europa y, sobre todo, entre Europa, África y Asia Occidental, la ciudadanía se preocupa cada vez más por las consecuencias de esta situación. Los movimientos islamófobos han adquirido fuerza. El terrorismo contra los refugiados y el terrorismo en nombre del islam generan un clima de inseguridad y miedo. A ello se debe sumar la incertidumbre que sienten muchos trabajadores al afrontar los efectos negativos de una globalización neoliberal y una política basada en la competencia. En consecuencia, surgen tendencias excluyentes y de tipo racista en el seno de la sociedad. En Alemania, estas tendencias se han articulado alrededor del movimiento Pegida ("Patriotas Europeos contra la Islamización de Occidente") y del partido AfD (Alternativa para Alemania, en alemán *Alternative für Deutschland*). Los grupos sociales más vulnerables no son necesariamente los principales seguidores de estas organizaciones. De hecho, una décima parte de la población participa activamente en las labores solidarias y de apoyo a refugiados, y dos tercios considera factible involucrarse en esta causa. La mayoría de los habitantes de Alemania se expresa a favor de acoger refugiados y considera que así se está ayudando a personas en situación de emergencia. Sobre todo, se considera problemático que, como consecuencia de la inmigración, la demanda de viviendas siga creciendo y que la clase política no haga lo suficiente para combatir el rápido incremento de los alquileres en las zonas urbanas.

El 80 % de la ciudadanía alemana califica la situación económica general del país y su situación financiera personal como positiva. Este es un valor pico en la historia y dentro de la UE. La causa principal de malestar en la población es la creciente desigualdad, así como sus implicaciones económicas negativas. Desde hace años y de forma continua, una gran parte de los habitantes considera que el gobierno debe garantizar una mayor igualdad social y los servicios públicos de interés general (educación, salud, pensiones, servicios asistenciales, energía, transporte, etc.). Habida cuenta del gran superávit presupuestario del país, en la actualidad se espera que el gobierno reduzca la carga tributaria de los hogares con ingresos medios y bajos. La mayoría considera que aquellos con un nivel mayor de ingresos y de bienes deberían estar sujetos a una mayor carga tributaria, en especial para que se invierta en el futuro sin generar nuevas deudas. Ante la decisión de Gran Bretaña de abandonar la UE, en Alemania ha aumentado el apoyo a una política orientada a fortalecer la UE. Asimismo, se espera que se eliminen ciertas regulaciones de las instituciones de la UE, que se consideran demasiado burocráticas. Cada vez más personas consideran que la integración europea es necesaria y valiosa para Alemania y que, para lograrla, se requieren más medidas y un mayor gasto. La población apoya relativamente poco las intervenciones militares. Solo es favorable a estas intervenciones en caso grave de genocidio o de una amenaza para la UE. Gran parte de la población se manifiesta en contra de la exportación de armas.

2 EL PAPEL DE ALEMANIA EN LA UNIÓN EUROPEA Y EN EL CONTEXTO INTERNACIONAL

Tras la reunificación de los dos estados alemanes, en 1990, mediante la unión monetaria se intensificó la política de integración del mercado de la UE, que venía siguiéndose ya en las décadas anteriores. Sin embargo, la exacerbada competencia abierta dentro de la UE no vino de la mano de un desarrollo apropiado de las instituciones solidarias de la UE, ni tampoco vino acompañada de una armonización de las políticas tributarias, financieras y económicas. Desde 2004, muchos estados de la Europa Central y del Este, y también del sureste del continente, han pasado a ser miembros de la Unión Europea. Ello ha implicado la aparición de graves disparidades que no cesan de aumentar. Asimismo, se calcula que el presupuesto de la UE es solo el 1,2 % del PNB de los países miembro, lo cual es insuficiente en las condiciones actuales. Los distintos gobiernos alemanes han difundido la ilusión de que era posible ampliar y consolidar la UE sin tener que tomar medidas compensatorias, como el apoyo solidario de los miembros más débiles. De hecho, se responsabilizó a cada estado miembro de su propia competitividad y de su consolidación presupuestaria. A raíz de todo ello, el desempleo juvenil superó el 40 % en países como Grecia o España. Se dismantelaron los programas de los sistemas de seguridad social más básicos (p. ej. pensiones, asistencia sanitaria y ayudas para la vivienda). En consecuencia, se profundizaron las diferencias en el desarrollo económico y político de los estados miembro. En algunos estados ni siquiera se cumplen los estándares democráticos mínimos, que fueron un requisito para ser admitidos en la UE (estado de derecho, separación de poderes, aprobación de la Convención sobre el Estatuto de los Refugiados de la ONU, etc.). La UE intenta disminuir claramente la cifra de personas que lleguen a su territorio mediante una combinación de medidas disuasorias (creando campos de refugiados y aumentando las deportaciones), de delimitación (estableciendo muros y controles) y a través de acuerdos con los gobiernos de los países de tránsito y origen.

Se ha profundizado más aún la contradicción entre la integración neoliberal del mercado y los planteamientos básicos de la democratización y la consolidación del estado de derecho mediante la normativa de la UE. Aunque se han reducido las deficiencias funcionales de la unión monetaria, no se han desarrollado mecanismos realmente solidarios que fomenten la responsabilidad y el apoyo mutuos. De esta manera, la unión monetaria se ha convertido en un recurso represivo y ajeno a la democracia, al servicio de la política neoliberal a fin de posibilitar recortes sociales, privatizaciones, venta del patrimonio nacional a grandes corporaciones (algunas de ellas alemanas) y, en última instancia, también fortalecer el capital financiero. Se ha consolidado más aún el dominio de Alemania como la mayor potencia económica. No se ha podido materializar una resistencia efectiva de los movimientos y partidos de izquierda a nivel europeo y en ningún momento la izquierda ha logrado tener una influencia considerable en el proceso de integración. Todo ello se puso de manifiesto, especialmente, en la crisis económica y financiera.

Tras la victoria del candidato social liberal Emmanuel Macron y su partido en las elecciones francesas y ante la presión del Brexit, es posible que en los próximos años se den ajustes en la política de la UE para atenuar los efectos de los problemas mencionados y corregirlos gradualmente. En ese proceso, también se verá si habrán bastado las medidas tomadas para dar más seguridad al sistema financiero después de 2008. Quienes critican estas políticas afirman que muchos bancos aún son demasiado grandes, que no se ha restringido el sistema bancario paralelo y que la unión bancaria de la UE ha resultado insuficiente. En su opinión, debería haberse condonado parte de la deuda pública de los países en crisis. Por primera vez, a raíz de una crisis financiera ha aumentado considerablemente el patrimonio del 10 % más rico de la sociedad y de los multimillonarios. Las pérdidas, sin embargo, recayeron únicamente en la mayoría de la sociedad (el 99 %). Cabe la posibilidad de que venga otra crisis financiera, aún más aguda que la anterior. El riesgo de que esto suceda aumenta con la privatización, la financierización y con la aplicación de nuevas medidas desregulatorias. Entre las élites se está difundiendo la idea de que solo se puede impedir dicha evolución si se refuerza la inversión y, a la vez, se aplican de forma autoritaria y represiva ciertas regulaciones neoliberales. Actualmente se está estudiando la posibilidad de aplicar políticas económicas y estructurales comunes, de desarrollar las infraestructuras y fomentar del desarrollo de los países vulnerables. Aún queda por ver si se modificarán, también, los tratados de la Unión Europea.

En cualquier caso, se intenta fortalecer el eje militar de la UE e incrementar el gasto militar. En la actualidad se está planeando establecer un centro de planificación y dirección militar. A finales de noviembre de 2016, la Comisión Europea presentó un plan para crear un "fondo para la defensa" europeo destinado a la inversión y al desarrollo conjunto de "tecnologías de defensa" (p. ej. electrónica, metamateriales, software cifrado y robótica) y para promover la adquisición conjunta de armamento. Todas estas medidas relativas a la política exterior, de seguridad y de defensa fortalecerán también la OTAN y, con ello, complementarán el espectro de atribuciones de esta organización.

La política de expansión oriental aplicada por la OTAN y la UE después de 1990 hizo que no se pudiera fortalecer cualquier forma paneuropea de cooperación y desarrollo común en asociación con Rusia, Kazajstán y los estados del Cáucaso. Así, la UE se mostró como el proyecto imperial que es, con tintes democráticos e influencia económica. En especial el gobierno ruso lo tomó como una amenaza y como un intento de aislar al país. Rusia, por su parte, ha respondido en los últimos años con una política de estabilización militar y de inclusión selectiva de estados del espacio postsoviético, cosa que también muestra tintes imperialistas. Ante los derrocamientos en Ucrania, en los que claramente intervinieron los EE.UU. y la UE, la anexión de Crimea por parte de Rusia y las luchas en la región oriental de Ucrania, la UE (bajo la dirección de Alemania y Francia) actuó con una combinación de medidas confrontativas y punitivas, como la imposición de un embargo, y de medidas para lograr el cese del conflicto. De este accionar aún no ha surgido una política efectiva que alivie la tensión y fomente la cooperación entre el este y el oeste. Asimismo, siguen prevaleciendo los enfoques de confrontación política y militar.

Con la elección, en noviembre de 2016, de Donald Trump como presidente de los EE.UU., se ha acentuado una tendencia que ya se venía observando: no se podrá dar por hecho que, en el futuro, la UE gozará del benevolente patrocinio imperial de los EE.UU. Ambos bloques de poder difieren cada vez en sus intereses relativos a la política de seguridad, la economía y la política general. Precisamente fueron las intervenciones militares de los EE.UU. las que encendieron la llama en las regiones vecinas de la UE o que agravaron dicha situación. La política de ocupación militar o de cambio de régimen en Afganistán, Irak, Libia, Siria y Ucrania, como también el enfrentamiento de los EE.UU. con Irán, han provocado una situación que pone a la UE bajo gran presión para actuar. La fascinación del gobierno de Trump por el conflicto entre Arabia Saudita e Irán y el creciente suministro masivo de armas ponen en entredicho la seguridad de la UE. En el pasado, en varias ocasiones, muchos de los países miembro han apoyado o tolerado la política de los EE.UU. Sin embargo, ahora esto podría cambiar. La opinión pública alemana pone a los EE.UU. muy por detrás de China cuando se le pregunta qué país sigue siendo digno de confianza. Hasta ahora no hay estrategias convincentes que puedan aplicarse al nuevo panorama internacional.

3 LOS PARTIDOS POLÍTICOS Y LAS ELECCIONES DEL BUNDESTAG DE 2017

El año 2017 comenzó con una sorpresa: el que era hasta el momento presidente del partido SPD, Sigmar Gabriel, anunció que se retiraba de su cargo para dejar lugar al expresidente del Parlamento Europeo, Martin Schulz, que se convirtió en el candidato socialdemócrata a la cancillería federal. Schulz fue elegido presidente del partido con el 100 % de los votos. Por un momento, el SPD superó a la CDU/CSU en las encuestas electorales, que anunciaban que Martin Schulz compartía el mismo nivel de popularidad que Angela Merkel. Muchos ciudadanos y muchas ciudadanas jóvenes se inclinaron por el SPD. De repente hubo esperanzas de un cambio en la política. En el primer acto de su campaña, Martin Schulz había hecho hincapié en la justicia social y, además, en la eliminación de elementos de las reformas neoliberales introducidas por el canciller del SPD, Gerhard Schröder. No obstante, pocos meses después, la situación volvió a dar un vuelco. Mientras que en abril de este año las encuestas le daban al SPD el 32 %, actualmente le dan el 25 %. Por un lado, se hizo patente que el cambio de liderazgo del SPD no estaba suficientemente preparado en términos de contenido. Por otro lado, gran parte de la ciudadanía esperaba que hubiera más diferencias con la política actual. En tres elecciones regionales celebradas durante la primavera de 2017, los socialdemócratas tuvieron que aceptar derrotas considerables, que probablemente dañaron su prestigio y redujeron en gran medida sus oportunidades de éxito en las elecciones del Bundestag.

Tuvo que pasar medio año para que quedara claro con qué programa pretendía presentarse Martin Schulz. Se trata de un programa centrado en la estabilización del sistema de pensiones (pero no en revocar los recortes hechos a las pensiones), la reducción de la carga tributaria para la población con ingresos medios y bajos, la transición hacia un sistema de salud único (en alemán, *Bürgerversicherung*), la ampliación del servicio de guardería y el sistema educativo, así como un refuerzo en las inversiones en ciencia e investigación. Para la eurozona, se propone la creación de un gobierno económico y una mejora de los mecanismos para compensar los desequilibrios dentro de la UE. Los puntos principales de este programa podrían formar parte del acuerdo para formar una gran coalición. En el pasado, Angela Merkel mostró ser muy flexible en estas cuestiones y, en caso de conflicto, llegó a imponer su posición por encima de la de su propio partido. En el contexto actual, parece poco realista que el SPD pueda pasar por encima de los conservadores. La gran mayoría no cree que Martin Schulz y el SPD vayan a lograrlo. El programa electoral del SPD definido por Schulz consiste en seguir "como hasta ahora", poniendo énfasis en un refuerzo de las políticas sociales y de paz, y con propuestas que pretenden una

mayor integración europea. Ya no queda nada de aquellos anhelos para romper con el programa neoliberal del canciller Schröder, falta valentía para entrar en un conflicto real y no se logrará movilizar a la población trabajadora ni incluir a los movimientos sociales de izquierda. Schulz no podrá encarnar la ruptura con la política actual mediante sus propuestas para ampliar medidas a fin de contrarrestar las consecuencias del desempleo y para ofrecer oportunidades de formación continua, como lo hicieron Bernie Sanders en los EE.UU. o Jeremy Corbyn en Gran Bretaña.

En los últimos meses, la CDU/CSU supo afrontar el reto que representa el partido AfD. A ello ha contribuido la disminución en el número de refugiados que llegan a Alemania, una política más restrictiva frente a los solicitantes de asilo, el éxito relativo de las medidas tomadas tanto dentro como fuera del país — como el pacto sobre los refugiados con el gobierno turco —. En las encuestas electorales, la CDU/CSU ha sumado un 6 % desde comienzos de 2017, con lo que alcanza ahora el 39 %. Su programa político se enfoca en temas como la reducción de la carga tributaria, el aumento de las inversiones públicas y la seguridad interna. Todo ello condice con su imagen de partido liberal conservador.

En 2013, el partido liberal FDP no logró entrar en el Bundestag. En la actualidad, bajo la presidencia de Christian Lindner, el partido se ha vuelto a estabilizar. Ha conseguido volver a ocupar escaños en varios parlamentos regionales. Además, es muy probable que en las próximas elecciones del Bundestag supere la barrera del 5 % necesario para obtener escaños. Según las encuestas actuales, obtendría entre un 7 y un 10 % de los votos. En consecuencia, sería posible una coalición entre la CDU/CSU y el FDP (quizás también con la participación de Los Verdes; en alemán, *Die Grünen*). El FDP pretende presentarse como el partido que va a modernizar y renovar la economía. Se centra en las áreas de la educación y la digitalización, y quiere que se le perciba como el partido del futuro y de las libertades individuales. Cuestiones como la reducción de la carga tributaria siguen siendo importantes, pero no centrales. Desde el FDP, quieren evitar volver a presentarse como el partido de los “mejores pagados”. En el contexto de la UE, instan a que se aplique una política de austeridad contundente con los países deudores. Además, quieren elevar los requisitos para inmigrar a Alemania.

A diferencia del FDP que, al parecer, ha logrado revitalizarse, el partido ecologista Los Verdes se enfrenta a una situación en la cual se cuestiona su utilidad política una y otra vez. Hace un año, las encuestas le daban un 14 %, pero ahora tiene solo entre un 7 y un 8 %. En la actualidad, la política de una modernización verde goza de una amplia aceptación en la población, incluso entre las filas de la CDU/CSU, a pesar de que las demandas de los Verdes van más lejos que las de los conservadores, los socialdemócratas o los liberales en muchos aspectos. Los Verdes abogan por acelerar la transición al uso de energías renovables y acabar con la cría de ganado a gran escala. Al igual que el SPD, los Verdes exigen que se adopte un sistema de salud único. Asimismo, piden que se tomen medidas adicionales para la regulación del sector financiero. No obstante, en el actual programa electoral y a diferencia del de 2013, ya no se exige una redistribución integral de la riqueza para financiar la transformación ecológica y social de la sociedad. También a diferencia de en 2013, esta vez los Verdes prevén una posible coalición con la CDU/CSU. Se presentan como un partido con función de bisagra y centrado en la ecología. Esto les basta para obtener el apoyo de su electorado habitual, pero, por el momento, no para mucho más.

Dado que la CDU/CSU, el SPD, el FDP y los Verdes tienen varios puntos de confluencia, hay una amplia variedad de posibles coaliciones de gobierno. Todas ellas permitirán que se continúe en la misma dirección a nivel político y, según cómo se conforme la coalición, también que se cambien los principales enfoques en una u otra dirección. El “cambio político” prometido por el SPD, el FDP o también los Verdes se centrará en áreas específicas. Será un “cambio político *light*”. Los resultados de las recientes elecciones en los parlamentos regionales refuerzan el posible triunfo de la CDU/CSU. Tras casi doce años, algunos de ellos muy críticos, Angela Merkel vuelve a mostrar un liderazgo que parece ser indiscutible. Asimismo, el breve ascenso del Partido Pirata y, luego, de la AfD, así como la gran fluctuación en los resultados de las encuestas durante la primavera de 2017, ponen de relieve que la base sociopolítica del sistema alemán de partidos está sometida a grandes tensiones. La situación económica de Alemania y de gran parte de la población, relativamente buena en términos generales, ha permitido que estas tensiones no terminen en un estallido. Eso sí, pueden darse nuevas crisis y giros repentinos que pueden tirar todas las previsiones por la borda en cualquier momento.

La AfD, Alternativa para Alemania, surgió como partido conservador nacionalista casi al mismo tiempo en que comenzó la crisis económica y financiera. En el seno del partido, pronto se formaron dos fracciones: mientras que la fracción liberal de derecha — que abogaba por una vuelta al marco alemán y una política económica neoliberal — perdía influencia, se afianzó una alianza de corrientes populistas de derecha, conservadores de derecha y racistas. En ciertos sectores del partido existen vínculos con movimientos islamófobos y grupos neofascistas que apoyan abiertamente la violencia contra los refugiados y los solicitantes de asilo, así como también contra los políticos de izquierda y contra otros políticos democráticos. La estrategia futura del partido está pendiente de definición. Justamente porque algunas cuestiones de la fracción populista de derecha se vieron atacadas por las políticas gubernamentales actuales, hay una tendencia a que se agudice este perfil racista e

islamófobo. Esta tendencia resulta difícil de aceptar, incluso para algunos de sus votantes actuales. Los conflictos de índole personal o de contenido dentro de la AfD provocan que sean pocos los ciudadanos que les consideren una opción electoral, al contrario de lo que pasa con los conservadores CDU/CSU. Desde el verano de 2016, el apoyo a la AfD a nivel federal se ha reducido a la mitad: las encuestas actuales le dan un 7 %.

En los últimos años, en Alemania se ha podido observar cómo, desde el espectro de partidos de derecha, se han atacado ferozmente aspectos de la política de igualdad, el derecho a decidir sobre la propia sexualidad y otros logros de las luchas de los movimientos de mujeres, *queer* y transgénero, y se han (re)fortalecido los resentimientos racistas, que tienen no solo a los refugiados como blanco. Así, quedan en evidencia las ideas populistas de extrema derecha de una sociedad basada en la “etnia blanca y alemana”. Al mismo tiempo, en la sociedad civil se ha movilizado un sector de carácter fundamentalista y religioso que no se organiza en partidos y defiende posiciones antifeministas, propaga estructuras familiares conservadoras y se opone al derecho a abortar.

4 EL PAPEL DE LOS SINDICATOS

El poder de los sindicatos alemanes, en especial en el sector de los servicios, se ha visto debilitado en extremo debido a las privatizaciones, las políticas de austeridad, la reestructuración de los sectores, el incremento de la precariedad laboral y las agresivas estrategias de la patronal. En muchos sitios ya no se dan procesos de negociación con la participación de los interlocutores sociales. Muchos de los conflictos y las huelgas del sindicato de servicios ver.di son más bien una lucha defensiva, como la lucha sindical contra la externalización del servicio de correos (2015) o la huelga del comercio minorista que duró meses (2013). Sin embargo, el panorama es distinto en los hospitales. Allí, gracias a la creciente comercialización del sector sanitario, las huelgas del personal de enfermería pueden ejercer más presión económica. Por ejemplo, cuando se aproxima una huelga, no se pueden admitir pacientes que deban someterse a una cirugía planificada; con ello, los hospitales se enfrentan a una considerable pérdida de ingresos. En abril de 2016, los conflictos por la enorme escasez de personal de enfermería provocaron que una de las clínicas más grandes de Alemania, Charité Berlin, firmara un convenio colectivo en el cual, por primera vez, se acordó un cupo mínimo de personal. Esta exitosa lucha tuvo una gran resonancia entre los trabajadores del sector de la enfermería y también en la población en general. ver.di inició una negociación colectiva para aumentar el personal del hospital. En el verano de 2017, en la fase preelectoral, es de esperar que se ejerza presión para que se fije por ley una dotación mínima de personal.

El sindicato IG Metal representa, en particular, a los empleados de las industrias de exportación clásicas, donde aún prevalecen los procesos de negociación con los interlocutores sociales, a pesar de las tercerizaciones, las tendencias hacia una mayor precarización del trabajo, un menor número de convenios colectivos y la existencia de convenios colectivos con peores condiciones. La última huelga general en la industria metalúrgica y eléctrica tuvo lugar en 2003. El objetivo de la huelga fue instaurar una jornada laboral de 35 horas semanales en Alemania del Este —una realidad vigente en el resto del país desde la década de los 80—. La huelga fracasó. No obstante, antes de la última negociación colectiva de la industria metalúrgica y eléctrica, en 2016, IG Metal desarrolló un nuevo concepto de lucha sindical que prevé ampliar hasta 24 horas las huelgas de advertencia. Con ello, IG Metal crea la posibilidad de disponer de otro nivel intermedio entre las huelgas de advertencia simbólicas y las huelgas totales. En la negociación colectiva de la industria metalúrgica y eléctrica del año de 2018 —donde precisamente se tratará el tema de la jornada laboral— se verá si estas acciones sindicales se pondrán en práctica.

Los sindicatos alemanes se caracterizan tradicionalmente por ser muy cercanos a la socialdemocracia. Sin embargo, esta relación se volvió más distante después de que el gobierno federal del SPD introdujera la llamada “Agenda 2010”, un programa que atacó los derechos de los trabajadores y los sindicatos, y también después de la fundación del partido DIE LINKE, en 2007. En el transcurso de la crisis económica y financiera de 2008 y 2009, el gobierno de coalición de los cristianodemócratas y los socialdemócratas redobló sus esfuerzos por incorporar a parte de los sindicatos en sus estrategias para enfrentar la crisis, que incluían el pago de ayudas a los trabajadores con jornada reducida, bonificaciones para la compra de automóviles, etc. (lo que conocemos como “corporativismo de la crisis”). En el caso de los sindicatos industriales, se hizo evidente que la colaboración había funcionado cuando se creó la “Alianza para el Futuro de la Industria”, puesta en marcha por IG Metal, la Federación de la Industria Alemana (en alemán, *Bundesverband der Deutschen Industrie*, BDI) y el gobierno federal en 2015. El objetivo de esta alianza es fortalecer la competitividad de Alemania y fomentar las inversiones. Más adelante, la alianza se amplió a los sindicatos de la industria más pequeños.

En la actualidad se observa que todos los sindicatos tienden a favorecer el partido SPD. Sin embargo, DIE LINKE logró entrar en el círculo de los funcionarios de rango medio más jóvenes y recibe una gran aprobación en ciertos sectores, en los cuales ha participado activamente en las luchas sindicales, también entre los militantes sindicales de las empresas.

5 LA CAMPAÑA ELECTORAL Y LA ORIENTACIÓN POLÍTICA DEL PARTIDO DIE LINKE

Desde el punto de vista europeo, DIE LINKE en Alemania es un caso exitoso. Este partido proviene, por un lado, del PDS (Partido del Socialismo Democrático, en alemán *Partei des Demokratischen Sozialismus*), que se formó a partir del partido estatal comunista de la RDA (SED, en sus siglas alemanas), y, por el otro, del WASG, (Partido de los Trabajadores y la Justicia Social, en alemán *Wahlalternative Arbeit und soziale Gerechtigkeit*). En 2004, como reacción al giro neoliberal del SPD, los socialdemócratas de izquierda, los intelectuales socialistas y los activistas (sindicales) se reunieron para fundarlo.

DIE LINKE es el único partido en Europa que tiene un pasado europeo oriental y occidental a la vez. La izquierda del este y la del oeste tuvieron que analizar los errores y las faltas que habían cometido en el pasado. En el proceso de formación, fueron capaces de adaptar su programa y estrategia: primero, como partido del socialismo democrático y, después, como un partido que, junto con el WASG, formó una izquierda de las dos Alemanias, una especie de “partido puente” de la izquierda plural más amplia. DIE LINKE se destaca, sobre todo, en el marco de las izquierdas de los países postsocialistas de Europa porque, en la mayoría de casos, la que fue la clase política dirigente en los estados comunistas o socialistas mutó en movimientos que luego instauraron variantes postsocialistas del capitalismo de mercado financiero. En especial aquellos que ya en la década de los 80 buscaban caminos alternativos al socialismo formaron el “esqueleto humano e intelectual” de este nuevo partido, cuyos objetivos se orientan hacia las tesis de liberación marxista; es decir, rumbo a un socialismo democrático, en el cual se debe repensar la cuestión de la igualdad, la libertad y la justicia: la libertad sin igualdad es explotación, y la igualdad sin libertad es opresión. El objetivo es vivir en una sociedad en la que, a nivel nacional, europeo y mundial, todo ser humano tenga al alcance de su mano los bienes de la libertad y la democracia, así como la seguridad social, la paz y la riqueza ecológica.

En la actualidad, DIE LINKE es uno de los partidos de izquierda más fuertes de Europa, junto con el partido griego SYRIZA, los partidos de izquierda en España (que en 2016 se presentaron juntos a las elecciones como Unidos Podemos), los de Portugal (Bloco de Esquerda y Partido Comunista Português) y, desde hace poco, también los presentes en Francia (La France Insoumise y el Parti Communiste Français). Su arraigo parlamentario estable —de entre el 8 y el 10 %— la ubica por detrás de los partidos de izquierda de Grecia, España, Portugal y Chipre. Tiene una fuerza equivalente a la de los partidos de izquierda de la República Checa, Irlanda, los Países Bajos y Francia.

El objetivo estratégico de DIE LINKE es una firme política ecológica, social y solidaria de izquierda y un abandono de las orientaciones y los conceptos neoliberales. Desea contribuir a imponer un giro en la dirección de la política. Si se formase una coalición de gobierno con un “cambio político *light*” en la cancillería federal, DIE LINKE no tendría lugar en ella: primero, porque su participación no sería necesaria y, segundo, porque perdería su perfil propio. Sin duda, quedaría reducido a algo insignificante. En el caso de un “cambio político *light*”, DIE LINKE podría ser, desde la oposición, el representante de determinadas cuestiones sociales o de políticas en pro de la paz con casi el mismo grado de eficacia que hasta ahora, y podría, así, influenciar la política. Durante doce años, en las elecciones ha obtenido el 8 % o más de los votos. La CSU, la CDU, el FDP, los Verdes y el SPD podrían aplicar con mucho éxito una estrategia del tipo “como hasta ahora”, pero ligeramente diferente. La amenaza de que el partido desaparezca y de que en Alemania no exista ninguna oposición de izquierda al liberalismo social es nula para DIE LINKE. Su objetivo, como lo muestra el último congreso del partido, no es participar en un gobierno de centroizquierda, sino crear las *condiciones* para un gobierno de *izquierda* en el que pueda participar. Por el momento, no se dan estas condiciones, tal y como se ve claramente en los resultados de las últimas elecciones parlamentarias regionales, en el posicionamiento de los candidatos favoritos del SPD, los Verdes y también del partido de izquierda y en las cifras que arrojan las encuestas.

Aquellos que exigen un cambio de dirección de la política consideran que, de seguir con una política del “como hasta ahora”, tanto la UE en su conjunto como la eurozona se encuentran en peligro. Creen que hay peligro de que desaparezca. Consideran que, en un futuro próximo, la zona se verá conmocionada por más crisis financieras y económicas, actos terroristas y guerras, así como por catástrofes ecológicas, y que existe la amenaza de que nuestra sociedad quede desintegrada como resultado del sentimiento de inseguridad y la exclusión social de una gran parte de la población. Con una estrategia de “arreglárselas como se pueda” solo se ganaría tiempo. Quienes defienden un cambio en la dirección de la política dicen que así se seguirían acumulando puntos de conflicto para el futuro, mientras que se debilitaría la capacidad de resistencia.

Dentro del partido, se han discutido con frecuencia los aspectos fundamentales de un cambio de orientación política. Sus cuatro pilares son la justicia, la seguridad, la transformación social y ecológica de la sociedad, y una política muy ofensiva de solidaridad y desarrollo común dentro de la UE y hacia los países vecinos. Una política como esta comienza con la redistribución de los ingresos, tanto en las empresas y las economías domés-

ticas más pudientes, y de los recursos públicos, de arriba hacia abajo, en cascada. Quien no plantea la cuestión de la redistribución no está tomando en serio la justicia ni la transformación social. Si no hay una redistribución de fondo, no se pueden garantizar mínimamente ni ampliar los fundamentos sobre los que se basa la seguridad, es decir, la educación, la salud, la asistencia, la integración, la cultura y una presencia policial suficiente. Precisamente las sociedades complejas y fragmentadas dependen de la riqueza del sector público. Una política de este tipo debe proponer un sistema de pensiones que no solo sea resistente a la pobreza, sino que sea capaz de asegurar el estándar de vida alcanzado.

Sobre la base de una distribución justa y la seguridad en un sentido amplio, se pueden tratar también otras cuestiones futuras. Por ejemplo, el saneamiento ecológico de todo el parque de viviendas de nuestras ciudades; una revolución energética que traspase la producción y el abastecimiento a manos de los municipios, las regiones y las cooperativas interconectadas entre sí, y que tras el abandono de la energía atómica permita, también, el abandonar la explotación del carbón; un cambio en el modelo de tránsito que dé lugar a una sociedad futura con menor cantidad de vehículos y con una amplia movilidad; bibliotecas en línea con acceso libre al conocimiento del presente y el pasado. Alemania debería financiar grandes experimentos con nuevos modos de producción y de vida, como la renta básica (como en Finlandia), un sistema de transporte público de personas gratuito (como en Tallin, la capital de Estonia) y los municipios sin emisiones de carbono (como se propone en Ludwigsburg, por ejemplo). En tiempos de incertidumbre, la diversidad y los experimentos son decisivos para aprender para el futuro y para poder reaccionar con rapidez e inteligencia ante las crisis.

Estos planteamientos son igualmente importantes en toda la UE. A las décadas de integración europea mediante los mercados y la competitividad local — es decir, décadas de integración negativa —, deben seguirles, ahora, décadas de integración positiva, centrada principalmente en la solidaridad y cooperación. La unión monetaria solo podrá perdurar en el tiempo si hay una redistribución activa que permita fortalecer el potencial de desarrollo de todos sus miembros. Una unión de estados formalmente iguales, pero donde los débiles dependen de los fuertes, está condenada al fracaso. Al proyecto de paz de la UE, del que se habla cada vez más, se le destina actualmente solo el 1,2 % del PNB. Así, las cosas no van a funcionar. Asimismo, cada vez en más países limítrofes, donde la gente ya ha perdido la esperanza de tener una vida digna, se desatan el terror y las guerras civiles, alimentados por interlocutores externos e intervenciones militares. La política europea se niega a sacar las conclusiones necesarias de esta situación. Aunque la política actual para afrontar la crisis logró evitar el colapso de la eurozona, no puso en marcha ninguna dinámica solidaria de desarrollo.

A la vez, todo esto tiene una dimensión política de género: una posición sociopolítica feminista de izquierda, como la que se destaca en el programa electoral y las estrategias de DIE LINKE, exige que, al tratar la cuestión urgente de la reestructuración profunda de las relaciones entre la prestación de cuidados y el trabajo remunerado, se emplee una perspectiva transformadora que no se centre simplemente en la “conciliación” de familia y trabajo a costa de la mujer. Más bien se intenta abordar la cuestión fundamental de cómo se puede reestructurar toda la reproducción social: ¿cómo sería una transformación de la sociedad que fuese ecológica y social y con perspectiva de género, que sobre la base de la solidaridad creara un contexto de estructuras de trabajo, prestación de cuidados, alimentación y suministro?

DIE LINKE quiere trabajar en grandes alianzas para lograr una transformación social y ecológica postneoliberalista del capitalismo. No obstante, aún en el marco del capitalismo, apoya proyectos de desarrollo con valores socialistas que van más allá del capitalismo. El programa de DIE LINKE propone una transformación doble, es decir, pretende combinar una transformación democrática del capitalismo desde las entrañas del sistema con una transformación que cruce las fronteras del sistema. DIE LINKE no se limita a alcanzar un capitalismo soportable mientras se defiende de nuevos ataques conservadores y de la liberación del mercado para luego, independientemente de este proceso prolongado, buscar la creación de una sociedad socialista. Lo que hace es buscar, junto con otras fuerzas, cualquier mejora posible para la mayoría de la población dentro de las luchas actuales, con estrategias para que procesos, instituciones y proyectos socialistas alcancen un mayor peso. Así, como lo confirma el programa de DIE LINKE, publicado en Erfurt en 2011, “este proceso se caracterizará por innumerables pequeñas y grandes reformas, rupturas y transformaciones de corte revolucionario”.

En las elecciones del año pasado, el partido DIE LINKE obtuvo buenos resultados, en especial en ciudades-estado como Berlín, Hamburgo y Bremen, mientras que en los estados territoriales los resultados no fueron tan buenos y, en parte, tuvo que encajar derrotas significativas. Sobre todo, es llamativo que obtuviera menos votos en los sectores donde, entre los años 2005 y 2010, había incrementado notablemente su número de votantes (clase trabajadora, personas con nivel educativo medio, de entre 45 y 60 años). En cambio, obtuvo una cifra de votos muy superior entre las personas menores de 35 años, sobre todo de los círculos universitarios y académicos. Sin embargo, esta ganancia no puede compensar la pérdida, porque este grupo joven es mucho menor que el de mayor edad. El incremento actual en ciertos grupos de votantes puede deberse al claro posicionamiento del partido en los debates públicos sobre la justicia global, la igualdad, la migración y el fortalecimiento de la derecha en forma de populismo.

El programa electoral de DIE LINKE, adoptado en junio de 2017, hace especial hincapié en los intereses de sus votantes habituales (buen trabajo, pensión asegurada, sistema social justo) y los combina con cuestiones emancipatorias de una política feminista, antirracista y antimilitarista y, asimismo, con el proyecto europeo y la solidaridad internacional. Estas últimas son cuestiones de importancia para los grupos más jóvenes y de académicos, a los que ahora también se dirige el partido. De esta manera, se completa y, en cierto modo, se estabiliza el perfil actual. Tras las elecciones del Bundestag en septiembre, se plantearán otras preguntas. Por un lado, bajo las condiciones de una frágil política neoliberal del “como hasta ahora”, que siempre está en peligro, la izquierda en Alemania debe prepararse para incluir en el orden del día temas y reclamos sociales, ecológicos, relativos a la democracia y la política de paz y, de esta manera, ejercer su influencia en la política. Asimismo, debe trabajar más para que se den los requisitos para un cambio de dirección política y para mantener un diálogo social y político eficaz, crear ejes de conflicto y prepararse para situaciones de crisis aún más fuertes. Para esto, es fundamental hacer frente de manera adecuada a las contradicciones de dicha estrategia doble.

Aquí se plantea de nuevo la pregunta: ¿qué puede hacerse para que esta relación efímera entre el partido y los nuevos votantes se vuelva permanente sin que esto ahuyente a parte de los votantes habituales? Estamos hablando de una alianza solidaria de sectores bajos y medios de distintos orígenes, una alianza que abarca a desempleados de larga duración, trabajadores temporales, trabajadores del sector sanitario, asistencial y educativo, y a círculos académicos con posturas sociales en busca de alternativas integrales. Primero, esta alianza debería alcanzar la mayor cantidad posible de personas que se encuentren en una mala situación personal y que estén profundamente insatisfechas con la política actual. Estas personas están muy preocupadas por el futuro y se sienten amenazadas por los cambios. Segundo, también incluiría a aquellos que aún no tienen problemas para llegar a fin de mes, pero que se sienten agobiados y extenuados por su trabajo porque, entre otras cosas, tienen la responsabilidad de cumplir con las exigencias dispares del mundo laboral y la familia. Y, tercero, abarcaría también a los profesionales críticos, con buen nivel educativo, que disponen de oportunidades de participación, pero que a la vez tienen la impresión de que hacen falta cambios fundamentales para solucionar los numerosos problemas que apremian. Buscan nuevas oportunidades para participar y cambiar la sociedad desde una perspectiva social y ecológica. Muchos tienen posiciones democráticas radicales. Una alianza como esta formaría un “tercer polo”, un “polo solidario”, en contraposición a la nueva derecha y a las orientaciones neoliberales de la sociedad.

En realidad, ya existe un “tercer polo”, que puede observarse sobre todo en las innumerables iniciativas ciudadanas y de acogida de refugiados, igual que en los distintos movimientos sociales. Sin embargo, aún no ha encontrado una expresión política que lo represente. Es necesario trabajar en este aspecto por si llegaran a darse las condiciones para un cambio de orientación en la sociedad y en el gobierno. En este contexto, DIE LINKE es una parte y un motor fundamental. Tiene la obligación de ocupar con contundencia el espacio político que dejan el SPD y los Verdes. Hasta ahora, se percibe un afianzamiento del “tercer polo” sobre todo en el “centro solidario”, que es notablemente fuerte entre las personas altamente cualificadas, en los entornos urbanos y las fracciones de clase. Casi no está presente en las clases populares, la clase media amenazada ni en el precariado. Este problema también se aplica al partido DIE LINKE, que actualmente cuenta con un alto número de académicos. Sin embargo, para poder formar una alianza de clases media y baja, le sigue faltando la clase baja. DIE LINKE ya no llega a los sectores más grandes de las clases populares, que los capta la derecha. En la mayoría de los casos, estos se abstienen, ya no van a votar. El desánimo, específico de esta clase, es un problema existencial para toda la izquierda.

Por esa razón, se requiere un cambio en la perspectiva: hace falta una política de clase que no niegue la diversidad de intereses del espectro de la izquierda y que vuelva a plantear las antiguas preguntas sobre “qué hay que hacer” y “quién lo hace”. Hay oponentes y hay que identificarlos claramente. No se puede volver simplemente a la antigua lucha de clases. El racismo, las igualdad de género y las cuestiones sociales son indisociables. No se deben tratar las diferencias como contradicciones secundarias, sino que deben vincularse activamente. Esto solo es posible si se trabaja codo con codo con la gente, se está presente en su vida cotidiana, se trabaja junto a ellos en los barrios y en el lugar de trabajo, y se ayuda a las personas a empoderarse. Sobre esta base, se puede recuperar la credibilidad de la política de partido, para la cual es necesaria una representación parlamentaria que funcione. En la práctica, esto significa salir a la calle y crear vínculos reales con las clases populares. Para actuar con eficacia como izquierda, es imprescindible organizar una base social más fuerte. En este aspecto, el partido DIE LINKE ya se puso en marcha en los últimos años, por ejemplo, con proyectos de organización en barrios desfavorecidos o con una “campana electoral de difusión”, donde ya no se espera a que las personas se acerquen, sino que se va directamente a buscarlas a sus casas.

Aquí, DIE LINKE tiene una responsabilidad a la que (hasta ahora) ni el SPD ni los Verdes han querido hacer frente: encarnar una alternativa que rompa con la política del “como hasta ahora”. Y, al mismo tiempo, se presenta la oportunidad de superar la falsa disyuntiva de los supuestos temas no prioritarios aplicando la “nueva” política de clase feminista, antirracista y ecológica. El feminismo y la ecología no son temas propios de la élite: son

problemáticas de clase. Solo al analizarlas juntas se pueden separar los “nudos” de las diferentes relaciones de poder. Asimismo, no es posible concebir una nueva política de clases en un marco de estados nacionales. Esta política tiene que defender los derechos sociales globales con un carácter internacionalista y establecer nuevas conexiones. La razón es sencilla: la clase es, en sí, diversa. Es de sexo femenino, migrante, multicolor, dispone de una amplia variedad de conocimientos y calificaciones, tiene diferentes orientaciones sexuales, identidades y prácticas culturales. Y, desde ya hace mucho tiempo, está interrelacionada en lo que respecta al trabajo mediante las cadenas de producción transnacionales, y ciertamente sufre la misma explotación de este lado y del otro de la frontera. Por ende, la cuestión social también debe plantearse desde la perspectiva de la migración. Un planteamiento que tenga en cuenta los derechos sociales, culturales y políticos universales complementa, así, un planteamiento basado en el sistema de clases. Ambos apuntan a la organización y apropiación conjunta de las condiciones de vida de la gente. Se trata de un análisis de las contradicciones desde la solidaridad; es una nueva política de clases que va de la mano de un modo de vida democrático. No obstante, solo se puede llevar a cabo si se utiliza la perspectiva de una transformación social profunda. Es imperativo que nuestras ideas de una perspectiva postcrecimiento solidaria, democrática, feminista y antirracista tomen un nombre nuevo y antiguo a la vez, un nombre no desgastado, y que luchemos juntos para que este nombre adquiera un significado en el siglo XXI: socialismo, una sociedad buena, solidaria, justa; lo fácil que parece difícil de realizar. No todos querrán suscribirlo, pero la izquierda transformadora debería apostar, dentro de la diversidad, por un socialismo de este tipo.